

LA PRIMERA

Por segunda vez en lo que va de noche, llora. Oye el tamborileo de un cuco creciendo en algún lugar entre su cuerpo y la conciencia que despierta. Barre el espacio con ojos asustados. La sombra del ave parte en dos la pequeña cabaña de madera. Cuando mira hacia lo alto, sus ojos taladran la oscuridad y cuentan al menos cuatro estrellas engastadas en el cielo. Se siente debajo del mundo, en perfecta y aterradora soledad. No sabe cuánto tiempo lleva allí ni quién la ha encerrado ni porqué. Se incorpora: ahora su cuerpo entero mira el hueco del techo por el que se asoma la noche. Está desnuda pero no siente frío. Se palpa la mejilla, la boca abierta, los párpados. Luego, sus brazos caen. Entonces un atisbo de recuerdo le viene a la mente.

La tercera vez que llora siente las lágrimas correr por su cuello. Resbalan por el pecho y caen directamente sobre el suelo de tierra. Oye cómo aterrizan. Oye cómo la tierra las absorbe. Oye el quejido de su entraña. Oye cómo de ellas brotarán los tallos de un espino blanco y el delicado roce de los pétalos. Oye el crujido de un poste atenzado por la helada.

Un copo de nieve se desliza hacia ella. Entonces llora por cuarta vez. Es hermoso. Nunca ha sentido así el vaivén de hada que lo empuja hacia ella. Detrás del copo, otros. Cientos. Miles. Cubren sus pies inmóviles. La noche se ilumina y se viste de blanco. No siente frío, solo una imponente entrega. Aquí estoy. He sido vencida. Ocupadme.

Por alguna razón que ignora, se ha vuelto a dormir. Cuando abre los ojos, la cabaña se mece en medio del agua. Flota a la deriva entre bosques de ficus gigantes y está amaneciendo. Entonces llora por quinta vez porque ignora

si está soñando. Recuerda entonces unos brazos que no son los suyos, una voz que no le pertenece. Ahora sabe que está dormida y trata de despertar. Abre los ojos. Un haz de luz violeta la envuelve y a través del agujero del techo descubre el amanecer. El cuco ha dejado de taladrar la viga. Aún está viva y no sabe si esta certeza la hace feliz. Entonces llora por sexta vez. Porque sabe que no sueña y porque sabe que no ha muerto.

Han caído unas semillas de guaraná sobre sus manos y se las lame con una avidez desgarrada. Ha caído un insecto verde esmeralda y lo empuja con su lengüecilla hasta que consigue tragarlo. Ha caído una pequeña rama de avellano con ocho perfectos frutos y los rompe con los dientes y los tritura y los mueve con fruición dentro de su boca. Y siente un alivio impúdico, irrefrenable.

Ese es el instante en que le viene a la mente una boca que pronuncia su nombre, pero antes de que pueda traducirlo se distorsiona y desaparece.

La última vez que llora lo hace en brazos de un ser que la arrulla. Andrea, Andrea, le dicen. Vuelve sus ojos y la ve.

La cabaña arde, a lo lejos.

Ya pasó todo. Pronto estaremos de nuevo en casa. Tranquila, tranquila, hija. Siente esa palabra en medio del ombligo, como si fuera de carne, como si fuera una extensión de su cuerpo, un cordón de sílabas consoladoras. Hija. Entonces recuerda todo, paso a paso, golpe a golpe. Sabe por qué lloró la primera vez. Pero no puede con el tamaño de la desolación y en ese momento decide olvidarlo para siempre.